

## Juan 16:12-15

Segundo Domingo de Pentecostés 1997

Juan 16:12- 15

12 Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis sobrellevar. 13 Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad; porque no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir. 14 El me glorificará; porque tomará de lo mío, y os lo hará saber. 15 Todo lo que tiene el Padre es mío; por eso dije que tomará de lo mío, y os lo hará saber.

Cuando hace ya ocho años llegamos al Perú nos enfrentamos con una inmensa ciudad, con el trabajo de la misión esparcido por todos los sectores de la ciudad, con oficinas para hacer trámites en otras partes, y muchas otras cosas en todavía otras partes. Afortunadamente había otros misioneros que ya conocían la ciudad, adquirimos un libro de mapas de la ciudad, y poco a poco llegamos a aprender cómo llegar de una parte de la ciudad a otra sin perdernos irremediablemente. En la vida espiritual también tenemos necesidad de un guía. Después de todo, la Escritura nos dice que “el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente”. Así que, sin un guía para orientarnos es absolutamente imposible que nosotros lleguemos al camino correcto que nos conduzca al cielo. Pero gracias a Dios, tenemos tal fiel guía, un guía que Dios mismo ha concedido a la iglesia. Es el guía de que habla Cristo en nuestro texto, el Espíritu Santo. Así meditaremos esta mañana, con la ayuda de Dios, en el tema: **El Espíritu guía a la iglesia con la verdad**. Veremos que I. Guió a los apóstoles a toda la verdad, y II. Por medio de ellos guía a nosotros a toda la verdad.

El Espíritu guió a los apóstoles a toda la verdad. Esto es lo que Cristo en primer lugar prometió en nuestro texto. Es cierto, ellos estaban en la presencia de aquel que es la Verdad en persona. Pero su entendimiento de la verdad aún era muy débil. Se discutían acerca de cuál de ellos sería el mayor. Les parecía absurdo que Cristo tuviera que sufrir y morir. Esperaban un gran y glorioso reino terrenal, en el cual Cristo sería el rey y ellos sus altos oficiales con prestigio y mando. Así que Jesús tuvo que decirles que “Aún tengo muchas cosas que decirles, pero ahora no las podéis sobrellevar”.

Al mismo tiempo, les promete que esto no será la situación permanente. Promete que serán guiados a toda verdad. Pero esto

no sucede por algún poder que esté en ellos. Aún después de ver el sufrimiento, la muerte y la resurrección de Jesús, los discípulos todavía no entendían ni siquiera qué clase de reino Jesús había venido para establecer. “Por tanto, los que estaban reunidos le preguntaban diciendo: -Señor, ¿restituirás el reino a Israel en este tiempo?” Jesús ni se digna responder directamente a su pregunta, sino dirige su atención a la promesa que ya había hecho en nuestro texto: “A vosotros no os toca saber ni los tiempos ni las ocasiones que el Padre dispuso por su propia autoridad. Pero recibiréis poder cuando el Espíritu Santo haya venido sobre vosotros, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria y hasta lo último de la tierra”.

El Espíritu vino 10 días más tarde que esa promesa, y el resultado fue una transformación maravillosa de los discípulos. Jesús había dicho: “Pero cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”. El sermón de Pedro en el día de Pentecostés es un testimonio elocuente de la diferencia que hizo el Espíritu Santo. Dio un repaso magistral de las profecías del Antiguo Testamento, y demostró que Jesús era el cumplimiento de todos ellos. Ya no soñaba con la restauración de un Israel terrenal, sino llamaba a sus compatriotas al arrepentimiento y la fe en Jesucristo. “¡Sed salvos de esta perversa generación!” El sermón de Pedro en ese día, y los sermones que predicó en otras ocasiones posteriores, no eran producto de su propia imaginación ni sus propios razonamientos. Eran la verdad, porque eran inspirados por el Espíritu de la verdad. Cuando Pedro y Juan habían sanado a un cojo y habían sido arrestados y fueron interrogados por los oficiales judíos, Pedro, “lleno del Espíritu Santo”, respondió.

Pablo también habla de su predicación, y dice que “hablamos la sabiduría de Dios en misterio, la sabiduría oculta que Dios predestinó desde antes de los siglos para nuestra gloria. Ninguno de los príncipes de esta edad conoció esta sabiduría; porque si ellos la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Más bien, como está escrito: *Cosas que ojo no vio ni oído oyó*, que ni han surgido en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman. Pero a nosotros Dios nos las reveló por el Espíritu”. Así que Pablo aquí también reclama que no está presentando sus propias ideas, sino que está presentando cosas sublimes que están más allá de la capacidad natural de todos los hombres. ¿Cómo es, entonces, que él puede enseñar y predicar con tanta seguridad, con la plena convicción de que lo que está presentando es la verdad? Pablo dice: “porque el Espíritu todo lo escudriña, aun las cosas profundas de Dios. Pues ¿quién de los hombres conoce las cosas profundas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así también, nadie ha conocido las cosas profundas de Dios, sino el Espíritu de Dios”. Así que, en primer lugar, Pablo recuerda a sus lectores

lo mismo que Jesús había hablado en nuestro texto. El Espíritu Santo no trae algún mensaje independiente y original, algo distinto de la verdad eterna que ha pertenecido al Padre y el Hijo. Más bien, como dijo Jesús, “no hablará por su propia cuenta, sino que hablará todo lo que oyere, y os hará saber las cosas que habrán de venir”. Como el Espíritu tiene su existencia eterna con el Padre y el Hijo, como el Espíritu es también Dios, uno en esencia con el Padre y el Hijo, y como el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, hay una sola verdad de Dios, que el Espíritu hace conocido a los discípulos para iluminar y guiar a la iglesia. Así Pablo sigue diciendo: “Y nosotros no hemos recibido el espíritu de este mundo, sino el Espíritu que procede de Dios, para que conozcamos las cosas que Dios nos ha dado gratuitamente”. Así Pablo insiste que los pensamientos sublimes, las grandes verdades del pecado del hombre, de su condenación, y de su redención por medio de la muerte en sustitución por los pecadores de Cristo en la cruz, y el perdón de los pecados que éste obtuvo así para toda la humanidad han llegado a su corazón y mente por la influencia del Espíritu Santo. Pero dice aun más: “De estas cosas estamos hablando, no con las palabras enseñadas por la sabiduría humana, sino con las enseñadas por el Espíritu, interpretando lo espiritual por medios espirituales”. Insiste que no solamente los pensamientos de manera general le han sido provistos por el Espíritu, sino hasta las mismas palabras que les ha hablado. No hay ni una palabra de lo que Pablo predicó que podría engañar o conducir al error, no hubo ninguna mezcla de falsedad para leudar la buena masa de la verdad. Cada palabra con que Pablo presentó las grandes verdades del evangelio, aun cada palabra que trataba de asuntos que podrían parecer periféricos, le eran enseñados por el Espíritu Santo, y por lo tanto totalmente confiables.

Y lo que Pablo aquí dice de sus palabras predicadas u orales es también el caso con sus palabras escritas que han sido preservadas en la Sagrada Escritura. “Toda la Escritura es inspirada por Dios y es útil para la enseñanza, para la repreensión, para la corrección, para la instrucción en justicia, a fin de que el hombre de Dios sea perfecto, enteramente capacitado para toda buena obra”. Cuando Jesús dijo que “cuando venga el Espíritu de verdad, él os guiará a toda la verdad”, esta promesa fue ampliamente cumplida con el don de la Sagrada Escritura, que porque es de origen divino y contiene palabras divinas que nos han sido transmitidas por los autores sagrados, es totalmente confiable y así útil, útil para enseñar toda la verdad de la salvación, útil para corregir y mostrar nuestro pecado, útil para guiarnos también en nuestra conducta como hijos de Dios. Si tuviéramos que depender de las palabras variables y sujetas al error de los hombres, nunca podríamos tener ninguna seguridad de que estas cosas son así, pero porque Cristo cumplió su promesa y envió al Espíritu Santo, y él guió a

los apóstoles y evangelistas a toda verdad, tenemos un fundamento inamovible y firme en que puede descansar nuestra fe.

Y esto nos lleva a la segunda parte de nuestro sermón. Porque el Espíritu Santo guió a los apóstoles a toda verdad, el Espíritu Santo por medio de ellos también nos guía a nosotros a toda verdad.

En los días apostólicos, los apóstoles fueron inspirados directamente por el Espíritu Santo. Es el Espíritu Santo que todavía nos guía en toda verdad. Pero lo hace no directamente, sino a través de la palabra y el testimonio de los primeros testigos de la verdad que fueron inspirados por él para escribir la Sagrada Escritura. Como la Escritura es una fiel guía, toda la doctrina de la iglesia se tiene que extraer de ella, toda doctrina falsa tiene que ser refutada por ella, cada pensamiento nuestro debe ser sometido a la Sagrada Escritura, toda nuestra vida y conducta debe ser conducida por ella. Como son las palabras del Espíritu Santo, son, en verdad una guía fiel, y algo digno de toda nuestra confianza.

San Juan nos dice: “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus, si son de Dios. Porque muchos falsos profetas han salido al mundo”. ¿Pero cómo podremos probar los espíritus? Cada maestro, cada secta viene diciendo que habla por el Espíritu, o que enseña la verdad. ¿Cómo saber quién tiene la razón? Amigos, hay una sola piedra de prueba, con la cual podemos saber por seguro si estamos en la verdad o no. Jesús prometió que el Espíritu guiaría a toda verdad, y en conformidad con esto el Espíritu Santo inspiró las palabras de la Sagrada Escritura. Ya Isaías escribió: “¡A la ley y al testimonio! Si ellos no hablan de acuerdo con esta palabra, es que no les ha amanecido”. Para saber quién dice la verdad, sólo es necesario comparar lo que dicen con la Sagrada Escritura. No necesitamos ninguna otra revelación directa para saber la verdad.

¿Pero cómo es que reconocemos que la Escritura es la verdad? Esto es algo que ningún hombre puede hacer por sí mismo. Las Escrituras son claras en sí mismas, pero los hombres por naturaleza no reciben las verdades reveladas en ellas. Como dijo Pablo: “Pero el hombre natural no acepta las cosas que son del Espíritu de Dios, porque le son locura; y no las puede comprender, porque se han de discernir espiritualmente”. Cualquiera que es honesto puede ver qué es lo que la Escritura dice, pero estas verdades son tan contrarias a la naturaleza humana, que los hombres lo rechazan o retuercen, y luego atribuyen su propia oscuridad a las Escrituras. Pero las Escrituras son una clara luz, una lámpara, una guía para los que andaban en tinieblas. Pero para que efectivamente nos iluminen

a nosotros, es necesario que, por medio de las mismas Escrituras, el Espíritu nos haga reconocer que todo lo que la Escritura dice acerca de la condición perdida y condenada del hombre es la verdad en cuanto a mí. Y todo lo que dice del maravilloso plan de redención en Cristo también se aplica a mí, y que por medio de Cristo yo tengo el derecho de ser admitido como hijo de Dios y heredero de la salvación. Esta obra del Espíritu, con que guía nuestra mente y espíritu a través de la Escritura, de modo que las verdades contenidas en ellas lleguen a ser una verdad viva y activa en nosotros, es también la obra del Espíritu Santo. “Nadie puede llamar a Jesús Señor” en el sentido pleno del término, “sino por el Espíritu Santo”.

En su famoso tratado, *De la Voluntad Determinada*, Lutero confronta a los que dicen que la Escritura es oscura, y que no es una guía clara y suficiente para el cristiano, diciendo: “Hay una doble claridad de las Escrituras, así como hay también una doble oscuridad. La una claridad es la exterior, que está puesta en el ministerio de la palabra: la otra es la que está situada en la cognición que tiene lugar en el corazón. Si vamos a la claridad interior, ningún hombre entiende siquiera una jota de las Escrituras, a no ser aquel que tiene el Espíritu de Dios. Todos tienen el corazón de tal modo oscurecido que, aun cuando dijese y supiese presentar todo lo que está en las Escrituras, sin embargo nada percibirían de todo ello ni tendrían de ello un conocimiento verdadero. No creen en Dios, ni que ellos son criaturas de Dios, ni otra cosa alguna, conforme a aquel pasaje del Salmo 13: ‘Dijo el necio en su corazón: Dios no es nada’. Es pues, imprescindible el Espíritu para poder entender las Escrituras enteras o cualquiera de sus partes. Pero si vamos a la claridad exterior, no queda absolutamente nada que sea obscuro o ambiguo, sino que todo cuanto hay en las Escrituras ha sido puesto a la luz de la más plena certeza por medio de la palabra, y declarado a todo el orbe”. Para probar toda doctrina, Dios nos ha dado como regla y norma la Escritura. Así podemos probar los espíritus y detectar la falsa doctrina de los que reclaman hablar por el Espíritu. Pero la otra cosa sumamente necesaria es que el Espíritu nos dé una fe viva y verdadera en estas verdades que han sido reveladas para nuestra salvación.